

pleta y reprimida no llegó á desenvolverse. Por el canto, el acento y el sello de sus baladas (1), se ve bien que son capaces de la más bella invención poética; pero su poesía permanece en manos de los *yeomen* y de los arpistas. Por la precocidad y la energía de sus reclamaciones religiosas, se comprende bien que son capaces de las creencias más apasionadas y severas; pero su fe permanece sepultada en las trastiendas de algunos sectarios oscuros. Ni su fe ni su poesía pudieron llegar á su término y complemento. El Renacimiento y la Reforma, que son las dos explosiones nacionales, se hallan lejos aún, y la literatura del tiempo va á conservar hasta el fin, como la alta sociedad inglesa, la impresión casi pura de su origen francés y de sus modelos extranjeros.

(1) Véase las baladas sobre *Chevy Chase*, *The Nut Brown maid*, etc. Muchas de ellas son dramitas admirables.

CAPITULO III

LA NUEVA LENGUA

- I. Chaucer.—Su educación.—Su vida política y mundana.—Cómo sirvió esa vida á su talento.—Es el pintor de la segunda sociedad feudal.
- II. Cómo degeneró la Edad Media.—Diminución de la seriedad en las costumbres, en los escritos y en las obras de arte.—Necesidad de excitación.—Situaciones análogas de la arquitectura y de la literatura.
- III á V. En qué pertenece Chaucer á la Edad Media.—Poemas novelescos y decorativos.—El *Poema de la Rosa*.—*Troilo y Criseida*.—*Cuentos de Cantorbery*.—Desfile de descripciones y de acontecimientos.—*La Casa de la Fama*.—Visiones y sueños fantásticos.—Poema de amor.—*Troilo y Criseida*.—Desarrollo exagerado del amor en la Edad Media.—Por qué había tomado esa senda el espíritu.—El amor místico.—*La Flor y la hoja*.—El amor sensual.—*Troilo y Criseida*.
- VI. En qué es francés Chaucer.—Poemas satíricos y burlescos.—*Cuentos de Cantorbery*.—La mujer de Bath y el matrimonio.—El fraile mendicante y la religión.—La chocarrería, la bellaquería y la grosería de la Edad Media.
- VII. En qué es Chaucer inglés y original.—Concepción del carácter y del individuo.—Van Eyck y Chaucer son contemporáneos.—*Prólogo de los cuentos de Cantorbery*.—Retratos del *franklin*, del monje, del molinero, de la burguesa, del caballero, del escudero, de la abadesa, del buen cura.—Conexión de los sucesos y de los caracteres.—Concepción del conjunto. Importancia de esa concepción.—Chaucer precursor del Renacimiento.—Se detiene en el camino.—Su pesadez y sus pue-

rilidades.—Causas de esa impotencia.—Su prosa y sus ideas escolásticas.—Cómo permanece aislado en su siglo.

VIII. Enlace de la filosofía y la poesía.—Cómo han perecido las ideas generales bajo la filosofía escolástica.—Por qué perece la poesía.—Comparación de la civilización y de la decadencia en la Edad Media y en España.—Extinción de la literatura inglesa.—Traductores.—Rimadores de crónicas.—Poetas didácticos.—Redactores de *moralidades*.—Gower.—Oceleve.—Lydgate.—Analogía del gusto en los trajes, en los edificios y en la literatura.—Idea triste del azar y de la miseria humana.—Hawes.—Barcklay.—Skelton.—Rudimentos de la Reforma y del Renacimiento.

I

Sin embargo, al través de tantos ensayos infructuosos, en medio de la prolongada impotencia de la literatura normanda, que se contentaba con copiar, y de la literatura sajona, que no podía desenvolverse, se había formado la lengua definitiva, y surgía un escritor potente. Apareció un hombre superior, Godofredo Chaucer, inventor, aunque discípulo, original, aunque traductor, y que por su genio, su educación y su vida, pudo conocer y pintar toda una sociedad, y sobre todo, satisfacer á la sociedad caballeresca y á las cortes suntuosas que en sus cimas brillaban (1). A ella pertenecía, aunque docto y versado en todas las ramas de la escolástica, y en ella tomó tanta parte, que su vida fué, desde el principio hasta el fin, la de un hombre de mundo y un hombre de acción. Le vemos sucesivamente servir en el ejército de Eduardo, llegar á gentilhomme del rey, casarse con una camarista de la reina,

(1) Nació en 1340, murió en 1400.

disfrutar de una pensión, ir de diputado al Parlamento y fundar una familia que hizo fortuna. Era cuñado del duque de Lancaster; desempeñaba varias veces embajadas ó misiones secretas en Florencia, en Génova, en Milán, en Flandes; negociaba en Francia el matrimonio del príncipe de Gales; atravesaba todas las vicisitudes de la política, ahora en desgracia, luego en alza. Experiencia de los negocios, de los viajes, de la guerra, de la corte; he ahí una educación muy distinta de la de los libros. Notad que se encuentra en la corte de Eduardo III, la más espléndida de Europa, entre torneos, recepciones y magnificencias; que se hallaba en medio de las pompas de Francia y de Milán; que conversaba con Petrarca, y quizá con Boccacio y Froissart; que fué actor y espectador de los más bellos y más trágicos espectáculos. ¡Qué de cabalgatas y ceremonias! ¡Qué desfile de armaduras, de caballos enjaezados, de damas engalanadas! ¡Qué ostentación de costumbres galantes y señoriales! ¡Qué brillante y variada sociedad, capaz de llenar la mente y los ojos de un poeta! Como Froissart, y mejor que Froissart, pudo pintar los castillos de los nobles, sus conversaciones y sus amores, y lisonjearlos con su retrato.

II

Dos ideas habían sacado á la Edad Media de la informe barbarie: una idea religiosa, que erigió las gigantescas catedrales y arrancó del suelo á las poblaciones para lanzarlas sobre la Tierra Santa, y otra idea secular, que levantó las fortalezas feudales, y

plantó al hombre de corazón, erguido y armado, en su dominio; una produjo el héroe aventurero, y otra produjo el monje místico; una era la creencia en Dios, y otra la creencia en sí. Las dos, extremadas, habían degenerado por el desenfreno de su propia fuerza. La una había exaltado la independencia hasta la rebelión; la otra había extraviado la piedad hasta el arrobamiento. La primera incapacitaba al hombre para la vida civil; la segunda apartaba al hombre de la vida natural; la una, instituyendo el desorden, disolvía la sociedad; la otra, entronizando el desvarío, pervertía la inteligencia. Fué menester reprimir la caballería que conducía al bandolerismo, y refrenar la devoción que traía la servidumbre. El feudalismo turbulento se había enervado como la teocracia opresora; y las dos grandes pasiones dominantes, privadas de su savia y separadas de su tronco, languidecían hasta el extremo de dejar germinar en su puesto y florecer con su nombre la monotonía del hábito y el apego al mundo.

Insensiblemente disminuye la seriedad en los escritos como en las costumbres, en las obras de arte como en los escritos. La arquitectura, en vez de servidora de la fe, se hace esclava de la fantasía. Cae en la exageración; se afana por los adornos; olvida el conjunto por los detalles; lanza sus torres á alturas desmedidas; guarnece sus iglesias de doseletes, de pináculos, de arcos trilobados, de galerías caladas. «Su única preocupación es subir continuamente, revistiendo el sagrado edificio de un atavío deslumbrador, que le hace asemejarse á una desposada (1).» Ante ese encaje maravilloso, ¿qué emoción puede sentirse sino la

(1) Renan: *De l'art au moyen âge*.

grata sorpresa? ¿Y qué es del sentimiento cristiano ante esas decoraciones de ópera? La literatura se entretiene en términos análogos. En el siglo XVIII, segunda edad de la monarquía absoluta, se vió sustituir á las líneas severas los perendengues y la hojarasca, y á los nobles escritos los lindos versos de sociedad y las novelitas afectadas y libres. Así también, en el siglo XIV, segunda edad del mundo feudal, se ve sustituir á la antigua arquitectura grandiosa las blondas de piedra y la esbelta florescencia de las formas aéreas, y á la antigua y sencilla epopeya los versos refinados y los cuentos divertidos. No es ya la exuberancia de un sentimiento verdadero la fuente que los produce, sino la *necesidad de excitación*. Fijaos en Chaucer: ved cuáles son sus asuntos y cómo los elige. Va á buscarlos á todas partes, á Italia, á Francia, á las leyendas populares, á los antiguos clásicos. Sus lectores necesitan variedad, y su oficio es suministrarles cosas gratas: es la misión del poeta en aquel tiempo (1). Los señores acaban de comer; los ministriles acaban de cantar; la luz de las antorchas cae sobre el terciopelo y el armiño, sobre las figuras caprichosas, los colorines y bordados de los ropajes; en aquel punto llega el poeta, y presenta su manuscrito «ricamente iluminado, con encuadernación violada carmesí, embellecido con broches, con relieves de plata y rosas de oro»; se le pregunta de qué trata, y responde: «de amor».

(1) Véase Froissart, su vida al lado del conde de Foix y al lado del rey Ricardo II.

III

En efecto; es el tema más agradable, el más á propósito para que se deslicen suavemente las horas de la noche entre la copa de vino sazonado y los perfumes que se queman en la estancia. Chaucer tradujo desde luego el gran almacén de la galantería, el poema de la *Rosa*. Ningún pasatiempo más bonito: se trata de una rosa que quiere coger el amante—ya se adivina cuál;—las pinturas del mes de Mayo, de los bosquecillos, de la tierra engalanada, de los verdes setos, cunden y pululan por todas partes. Luego vienen los retratos de las damas risueñas, Riqueza, Franqueza, Alegría, y, por contraste, los de los personajes tristes, Peligro, Trabajo, todos ellos minuciosos, con el pormenor de las facciones, de los vestidos, de los ademanes. Es como si uno se paseara por delante de un tapiz entre paisajes, bailes y castillos, entre grupos de alegorías de vivos colores, alegorías contrapuestas é incesantemente renovadas y variadas para recreo de los ojos. Porque ha sobrevenido un mal ignorado en las edades serias: el tedio. Para combatirle se necesitan cosas siempre nuevas y llamativas; y Chaucer, como Boccaccio y Froissart, se consagra á esa empresa con toda su alma. Toma de Boccaccio las historias de Arcitas y Palemón, de Troilo y Criseida, y las arregla. Cómo los dos jóvenes caballeros tebanos, Arcitas y Palemón, se prendan á la vez de la bella Emilia, y cómo

Arcitas, vencedor en el torneo, cae y muere de la caída, legando la bella Emilia á su rival; cómo el apuesto caballero troyano Troilo gana el favor de Criseida, y cómo Criseida le abandona por Diómedes: he ahí aún novelas en verso y novelas de amor. Son un poco largas; todos los escritos de ese tiempo, franceses ó imitaciones del francés, proceden de espíritus demasiado fáciles; pero ¡qué fluidez! Un riachuelo sinuoso que mansamente se desliza por tersa arena brillando á ratos al sol, es lo único á que pueden compararse. Los personajes hablan demasiado; ¡pero hablan tan bien! Aun en los momentos en que disputan, se los oye con gusto: de tal suerte se funden las cóleras y las injurias en el copioso flujo de la conversación continua. Acordaos de Froissart, y de como los degüellos, los asesinatos, las pestes, las carnicerías, todo el cúmulo de las miserias humanas, se disipa en la atmósfera uniforme de su humor placentero, hasta el punto de que las figuras furiosas y gesticulantes no parecen ya más que adornos y bordados destinados á poner de relieve el tejido de sedas matizadas que forman la trama de su narración.

Pero lo que abunda sobre todo son las descripciones. Chaucer os pasea por entre las armaduras, los palacios y los templos, deteniéndose delante de todo hermoso ejemplar: aquí «el oratorio y la capilla de Venus», y la figura gloriosa de la «misma Venus desnuda y flotante en el anchuroso mar, cubierta desde el ombligo abajo de verdes olas como el cristal de brillantes, con una cítara en la diestra mano, y ceñida la graciosa cabeza por una guirnalda de frescas rosas, de suave perfume, sobre la cual revolotean sus palomas»; allá el templo de Marte, «en una selva donde no habita hombre ni animal, con viejos árboles nudo-

sos, rugosos, estériles, de raigones puntiagudos y horribles, y al través de los cuales circulaba un rumor y estremecimiento como si la tempestad fuese á romper todas las ramas. Bajo un escarpado se alzaba el templo, todo él de acero bruñido, y de una entrada larga, estrecha, espantosa; de fuera «entraba un viento tan furioso que levantaba todas las puertas». Ninguna luz, salvo la del Norte; todos los pilares, de hierro reluciente y gruesos como toneles; las puertas de diamante indestructible, y afianzadas á lo largo y á lo ancho con sólidas barras de hierro; las paredes, cubiertas de imágenes del homicidio, y en el santuario «la estatua de Marte armado en un carro, con expresión feroz y sombría, y con un lobo á sus pies devorando la carne de un hombre». ¿No son esos contrastes bien preparados para despertar la atención? Encontraréis en Chaucer multitud de pinturas semejantes. Ved el paso de los combatientes que van á justar en campo cerrado por Arcitas y Palemón (1); unos con una tarja, otros con una adarga, otros con una coraza y faldellín de acero; cada cual armado á su guisa con espadas, hachas ó mazas, según la moda caprichosa de la fantasía guerrera. Al frente «el rey de la India sobre bayo corcel cubierto de acero y de paño de oro bordado. Llevaba cota sembrada de gruesas perlas blancas y redondas, y manto salpicado de rojos rubíes resplandecientes como el fuego. Tenía rizada y dorada cabellera que brillaba al sol, ojos como los del león, voz como una trompeta atronadora, una fresca guirnalda de laurel en la cabeza, y en la mano un aguila domesticada, blanca como una azucena». Por otra parte, Licurgo, el rey de Tracia, «de duros

(1) *Knight's tale*, páginas 20-21.

y poderosos músculos, de anchos hombros, de barba negra, de cara viril, con su larga cabellera de cuervo cayéndole por la espalda, con una pesada diadema de oro y de rubíes en la cabeza, marchando de pie en un carro de oro tirado por cuatro toros blancos, seguido de veinte lebreles tamaños como búfalos pequeños, con collares de oro labrado, y rodeado por cien señores de buenas armas y de gran valor.» No describiría más ni mejor un rey de armas. Los nobles y las damas de la época veían reproducidos aquí sus fiestas y torneos.

Hay algo más agradable que un bello cuento, y es una colección de bellos cuentos, sobre todo cuando los cuentos son de todos los colores. Froissart los compone con el nombre de Crónicas, y mejor aún Boccacio; tras él los señores de las *Cien novelas nuevas*, y más tarde Margarita de Navarra. ¿Qué más natural entre personas que se reúnen, hablan y quieren divertirse? Las costumbres del tiempo los sugieren; porque ya han empezado los usos y los gustos de la sociedad, y la ficción, así concebida, no hace más que trasladar á los libros las conversaciones que se cruzan en los salones y en los caminos. Chaucer describe una compañía de peregrinos, gente de toda clase de condiciones que va á Cantorbery, un caballero, un jurista, un doctor de Oxford, un médico, un molinero, una abadesa, un fraile, todos los cuales convienen en contar cada uno una historia. «Porque no hubiese sido alegre y animado cabalgar mudos como piedras.» Cuentan, pues; en ese hilo ligero y flexible van ensartándose y formando un collar todas las joyas de la imaginación feudal, falsas ó verdaderas: nobles relatos caballerescos, el milagro de un niño degollado por judíos, las pruebas de la paciente Griselda, Canacea y las maravillo-

sas invenciones de la fantasía oriental; *fabliaux* licenciosos sobre el matrimonio y sobre los frailes, cuentos alegóricos ó morales, la fábula del *Gallo y la Gallina*, la enumeración de los grandes infortunados: Lucifer, Adán, Sansón, Nabucodonosor, Zenobia, Creso, Ugo-lino, Pedro de España. Corto, porque hay que abreviar. Chaucer es como un joyero, con las manos llenas: perlas y cuentas de vidrio, diamantes refulgentes, ágatas vulgares, negros azabaches, rosas de rubíes; cuanto la historia y la imaginación han podido recoger y tallar durante tres siglos en Oriente, en Francia, en el país de Gales, en Provenza, en Italia; cuanto ha rodado hasta él machacado, roto ó pulimentado por la corriente del tiempo y por el gran revoltillo de la memoria humana, lo tiene á mano y lo arregla, componiendo con todo un vistoso aderezo de mil facetas, que por su brillo y sus contrastes puede atraer y satisfacer los ojos más ávidos de recreo y novedad.

IV

Hace más. El desenfreno universal de la curiosidad inmoderada exige goces más refinados, que sólo pueden satisfacer la fantasía y el ensueño; no la fantasía profunda y reflexiva de un Shakespeare, ni el ensueño apasionado y meditado de un Dante, sino el fantasma y la quimera de los ojos, de los oídos, de todos los sentidos exteriores que, en poesía como en arquitectura, reclaman singularidades, maravillas, desafíos empeñados y ganados contra lo razonable y lo probable, y

que no se sacian sino con el hacinamiento de cosas deslumbradoras. Cuando miráis una catedral de la época, sentís un movimiento de temor. Falta la sustancia: los muros rasgados para dejar su puesto á las ventanas, el labrado artificio de las puertas, el vuelo prodigioso de las delgadas columnillas, las frágiles sinuosidades de los arcos, todo amenaza; se ha retirado el apoyo para ceder su puesto al ornato. Sin el sostén exterior de los contrafuertes, y sin la ayuda artificial de los graponos de hierro, el edificio se hubiese desplomado al primer día; con eso y con todo, se desmorona en tales términos, que hay que tener á mano colonias de albañiles para combatir de continuo su continua ruina. Pero los ojos se pierden siguiendo las ondulaciones y espirales de su infinita filigrana; el rosetón flamante de la portada, y las pintadas vidrieras, derraman matizada luz sobre las sillas esculpidas del coro, sobre el oro y la plata del altar, sobre las procesiones de capas adamascadas y resplandecientes, sobre la profusión de estatuas escalonadas; y á esa luz violada, con esa púrpura vacilante, entre esas flechas de oro que traspasan la sombra, el edificio entero parece la cola de un pavo real místico. Pues así también la mayoría de los poemas del tiempo carecen de fondo; á lo sumo si les sirve de sostén alguna vulgaridad moral: el poeta no se ha preocupado más que de poner á nuestra vista el brillo de los colores y la riqueza de las formas. Son *ensueños ó visiones*; hay cinco ó seis en Chaucer, y vais á encontrarlas en todo vuestro camino hasta el Renacimiento. Pero la exhibición es espléndida. Chaucer se ve transportado en sueños á un templo de cristal (1), sobre cuyos muros aparecen

(1) *The House of Fame.*